

mente suben las escalinatas del Gran Casino hombres y mujeres venidos de todos los lugares de la tierra. Al lado de la *toilette* femenina espléndida, la falda larga y la anticuada capota: junto a los entallados *chaquets* los indumentos más extraños y absurdos de los modernos *sports*. Y matizándolo todo, según los versos de Ardañín:

el efebismo de esas muñecas
que no se sabe si cuando pecan
son una fémica o son un doncel.

Estamos frente al templo del vicio universal inextirpable. Esa muchedumbre que lo irrumpe acompasada y solemne, es el caos de las ansias materiales insatisfechas en que la humanidad se consume. Penetremos un instante. En los inmensos dorados salones reina un silencio triste y adormecedor solo turbado por el suave roce de las bolitas y el murmurio de los oficiantes. En la faz de aquél jugador se dibuja una mueca de inquietud horrible cada vez que consulta la lista inacabable de sus números: por el contrario, en la cara reposada del joven *gentlemen* que se sienta enfrente, se mantiene imperturbable un gesto de mundana indiferencia cuando la raqueta rasura los montones de valiosas fichas; gesto de indiferencia que

